

Paco el Zurdo, encargado de cuidar á Máio durante su enfermedad, sabia ménos que el señor Gonzaga del paradero de Fernando, y no podia, por lo mismo, ilustrar al anciano sobre la suerte de su hijo.

XIX:

Un nuevo parroquiano.

Suponemos que nuestros lectores no habrán olvidado la taberna del Trocadero, en la que hicimos conocimiento con el Doctor á quien debia Máio su alivio.

Los parroquianos de la Espigada habian disminuido notablemente en los pocos meses que llevamos de no concurrir á la taberna del "Padre Noe," y la tabernera extrañaba mas que á otros al Zurdo y al Doctor, únicos *buenas pagas* de cuantos allí bebían Jerez, Amontillado, Manzanillo ó aguardiente.

Una noche, á hora muy avanzada, Doña Rosa Quiñones se cansaba en vano tratando de despertar al Estreñido y al Cura que dormían patriarcalmente debajo de la mesa, y se soñaban elevados al quinto cielo en humos del alcohol, cuando llamaron á la puerta de la taberna.

El modo de llamar era diferente del que usaban los parroquianos del "Padre Noé" y la Espigada vacilaba en abrir; pero la persona que llamaba debía estar de prisa, y repitió mas fuertes sus golpes.

- Van—gritó la Espigada—¿Quién llama?
 —Gente de paz—contestó en mal español una voz.
 —¿Qué quiere?
 —Hablar con Doña Rosa Quiñones.
 —Vuelva cuando haya luz.
 —Es asunto que urje.
 —Hable, pues.
 —No se puede hablar en secreto con una puerta de por medio.

—Tampoco se puede entrar á deshora á las casas honradas sin ser conocido.

- Traigo una carta para usted.
 —¿De dónde?
 —De Italia.
 —No tengo allí amistades.
 —Tiene una cruz en el extremo izquierdo.
 —Es para el Zurdo—dijo para sí la Espigada—y levantando la voz, agregó:
 —Pásela por la hendidura de la puerta.
 —Tengo que decir á usted algo reservado al entregarla.
 —¿Viene solo?
 —¡Corpo di Baco!—dijo impaciente al extremo el de afuera
 —¿Con quién quiere usted que venga?

La Espigada reflexionó todavía un momento, y al fin abrió la puerta.

Un hombre completamente desconocido para ella entró, y á una seña de la Espigada tomó asiento en la primera pieza.

- ¿En qué puedo servirle?—preguntó la tabernera.
 —¿Es para usted esta carta?

—Para mí ó para alguno de mis amigos, ¿qué importa? Venga.

—Es que si para usted es, tiene que darme inmediatamente la respuesta.

—Es para uno de mis parroquianos que recibe por mi conducto su correspondencia—dijo con aire de importancia la Espigada, á quien Paco había dicho que podia recibir alguna vez una carta de Italia que le suplicaba recoger y guardar.

- ¿Podré verle?
 —Dias ha que no viene por acá.
 —¿Dónde vive?
 —Lo ignoro.
 —Pues siendo así ¿qué hará usted con la carta?
 —La guardaré hasta que él venga.
 —¿Y vendrá pronto?
 —No lo sé.
 —Y entónces, la respuesta?
 —Venga usted todos los dias á preguntar por ella y alguno se la dará.

El desconocido pareció reflexionar, y sacando del bolsillo una carta la entregó á la tabernera, y se levantó.

—¿No quiere remojar la garganta? preguntó la Espigada.

—¿Qué es eso?

—Echar un trago—replicó la tabernera, haciendo con la mano un ademan como de quien bebe.

—Nó—contestó el hombre—y se dirigió á la puerta, dando una moneda de plata á la Espigada.